

## **VI Domingo del Tiempo Ordinario (Año C)**

**Monasterio de San Benito, Talavera de la Reina, 16 de febrero de 2025**

*Lecturas: Jeremías 17,5-8; 1 Corintios 15,12.16-20; Lucas 6,17.20-26*

“Bendito quien confía en el Señor”, dice el profeta Jeremías.

“Dichoso el hombre”, dice el Salmo 1.

“Bienaventurados los pobres...”, dice Jesús.

Las lecturas de este Domingo nos hablan del secreto de la felicidad de la vida. ¿Qué hace que una vida, nuestra vida, sea bendita, bienaventurada, dichosa, santa?

Cristo vino a realizar la revelación de todo el Antiguo Testamento, a realizarla en su persona. Nos anuncia que la plenitud del hombre es lo que el encuentro con Él y la comunión con Él aportan a nuestra vida.

Lo que cumple nuestra vida no es algo, sino Alguien, y este Alguien es Jesús, el Hijo de Dios, que murió y resucitó por nosotros. Jesús es la plenitud de toda vida y de todo lo humano que la constituye. ¿Cómo preocuparse entonces por la falta, temida o ya cierta, de otras realizaciones, de otras imágenes de la realización de lo humano?

Cristo vino a salvar a la humanidad de la gran ilusión de que la plenitud, de que la felicidad, es un bien que conquistamos nosotros mismos, sin tener que pedirlo y recibirlo de Dios, del Padre.

La conciencia de que sólo Cristo da la plenitud total y perfecta a la humanidad nos permite comprender lo que es la bienaventuranza, lo que significa ser dichoso, ser verdaderamente feliz. Y sólo esta conciencia nos permite comprender que la felicidad es paradójicamente posible, más aún, paradójicamente más cierta, allí donde el hombre parece condenado a lo contrario, a no ser feliz, a no realizarse.

“Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odian los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.” (Lc 6,20-23)

Las Bienaventuranzas no describen el premio de consolación para quienes deben renunciar a la plenitud, sino la plenitud mayor, la verdadera y única plenitud de vida: la que recibimos de Dios, la que se nos da en Cristo Jesús. Los pobres, los hambrientos, los que lloran, los despreciados, ..., al encontrarse con Cristo están más abiertos, son más libres para dejarse llenar por Él, para manifestar que sólo Cristo colma la vida, que sólo Jesús es nuestra felicidad plena.

Por eso, las Bienaventuranzas son la plenitud de la vida de los santos. Los santos no son superhombres, sino pequeños, pobres, frágiles, que testimonian con todo su ser que Cristo lo es todo.

Los pobres y los pequeños son entonces nuestros verdaderos profetas, porque desde su corazón sencillo, pequeño, miserable, como el corazón de la Virgen María, acogen en la presencia del Hijo de Dios la salvación y la plenitud de toda la humanidad.

Ellos nos enseñan que el secreto de la alegría, de la paz, es precisamente la pobreza. No la fuerza, sino la pobreza de corazón. Nos enseñan a desear renunciar a nuestras falsas riquezas. No es tanto una cuestión de dinero o de posesiones, sino de llevar en el corazón la conciencia de que sólo Cristo colma nuestra vida, de que sólo Él nos falta. Jesús advierte a los ricos, a los saciados, a los contentos y a los adulados que se equivocan de plenitud y engañan su corazón.

Cuando nuestras riquezas materiales o espirituales nos fallan, cuando nos decepcionan, cuando nuestros planes para nosotros mismos o para los demás son contradichos, qué gracia es poder reconocer, con la ayuda del testimonio de los pequeños, de los santos, que lo que desaparece es sólo una ilusión, un espejismo. «¡La realidad, en cambio, es Cristo!», nos recuerda san Pablo (Col 2,17), y esta realidad está presente, se da, y es la realización gozosa de la vida, ¡incluso cuando muere!

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist*